

CRÓNICA DE UNA VISITA INESPERADA

El día que me comunicaron que mi nuevo destino era el instituto de Sahagún, creía que sería un instituto ordinario, como los demás. Sin embargo, los últimos acontecimientos me han demostrado que no es verdad. De hecho, han transcurrido ya unos días desde el incidente y aún no me creo lo que ha ocurrido ni cómo ha sido posible; una situación extrañísima que me ha hecho experimentar diversos sentimientos, desde el enfado a la nostalgia, pasando por el asombro. Me alivia saber que no lo viví yo sola y que el resto de compañeros tampoco pueden explicárselo. Así que, voy a relatarlo lo mejor que pueda y recuerde para que juzguéis vosotros mismos si se trata, o no, de algo totalmente insólito.

DÍA 1. CONMOCIÓN

09.25 h. Suena el timbre. Empieza la segunda hora. Bajo a la biblioteca del Alfonso dispuesta a continuar la catalogación de los libros. Al acercarme, me llama la atención que la puerta esté entreabierta; “Estarán limpiando”, pienso. “Pero ¡¿quéééé...?!” Las mesas totalmente desordenadas, sillas tiradas y un montón de libros esparcidos por el suelo, como si alguien, enfadado, los hubiera lanzado desde las estanterías. Todavía en *shock* me acerco a ese desastre. Algo llama mi atención: la gran mayoría son ejemplares del *Quijote*. “¿Por qué el *Quijote*? Es verdad que es la obra más ilustre de nuestra literatura, pero razón de más para tratarla con mimo, ¿no?”, reflexiono. “Qué más da, en cualquier caso, voy a dedicar la hora a recogerlos”. Y a ello me disponía cuando, por curiosidad, antes de cerrarlos, quise saber por qué capítulo estaban abiertos. ¡¿El escrutinio de libros?! Noté un escalofrío recorriéndome la espalda. ¿Había llegado a tiempo de evitar que los libros de la biblioteca ardieran? “Tranquila, no dramatices; será casualidad”, me dije a mí misma. Cogí otro ejemplar: la historia del cautivo. “¿Lo ves?”. Manteniendo la calma, fui a por un tercero: Sancho gobernando la ínsula. Sonreí. Pensé en los alumnos de 4º ESO que el curso pasado leyeron la versión dramatizada que de ese capítulo hizo Alejandro Casona. Más tranquila, resoplé con disgusto: el caos seguía allí y había que ordenarlo. ¿Quién habría sido el “graciosillo”? ¿Quién no tenía otra cosa más interesante que hacer que desordenar una biblioteca escolar? En fin... ¡Un momento!



09.30 h. Me acerco a la puerta. La cerradura está forzada. Vuelvo a resoplar, con el corazón acelerado. El asunto se complica. Algo está pasando en el instituto.

09.31 h. El calor invade mis mejillas. Las piernas me tiemblan. ¡Normal! He echado correr por el pasillo y he subido los escalones de tres en tres hasta llegar despacho de Dirección. Al verme llegar, Carolina me mira perpleja; perplejidad que va en aumento mientras escucha mi relato. Intenta quitarle hierro al asunto mientras bajamos juntas a ver el desaguisado, pero un ruido extraño acompaña nuestros pasos mientras recorremos el oscuro pasillo que conduce a la biblioteca. Menos mal que la mascarilla me tapa la mueca que el miedo me ha provocado.

09.47 h. “Domingo está en clase, pero hay que avisarlo inmediatamente”, dice Carolina mientras saca el móvil del bolsillo. Me gustaría irme, pero no me parece oportuno y, además, tengo curiosidad. Contemplamos la escena sin articular palabra, a pesar de todas las que se albergan allí dentro.

09.52 h. Llega Domingo. Pregunta qué ha pasado, pero la respuesta se reduce a una elevación de las cejas y un encogimiento de hombros por mi parte. Pocos detalles más que añadir, porque se aprecian a simple vista. Domingo inspecciona la puerta y recorre la biblioteca intentando buscar una explicación, un detalle, una pista...

09.59 h. Sin éxito, Domingo rompe el silencio: “Salgamos de aquí y actuemos con total normalidad”, dijo mientras entornaba la puerta sin que se apreciase que no quedaba cerrada. “En quince minutos nos vemos en mi despacho”.

10.00 h. Con la preocupación en el cuerpo, subí a la sala de profesores. Saqué mi agenda y me puse a revisar la programación de la clase siguiente: tocaba Galdós. Sinténdolo mucho, decidí cambiar de planes; afortunadamente, tenía preparado un comentario de texto de *Los pazos de Ulloa* y podrían trabajar ellos solos. No quería que mi distracción restase ni un ápice de protagonismo a uno de nuestros literatos más importantes, pues ya bastante mala suerte ha sido que el centenario de su muerte haya sido este año y no se hayan podido hacer más actividades para profundizar en su obra (y eso por no hablar de que no le concedieran el Nobel por asuntos que nada tenían que ver con lo literario).

10.14 h. “Tenemos que activar el Protocolo de Emergencia”, escuché nada más cerrar el despacho de Dirección. Era la última en llegar. Juan Pablo, Goyi, Rosa y Fructu también estaban allí y ya estaban al corriente de todo. No había más que añadir; todos sabíamos lo que significaba que iba a pasar a partir de entonces.

10.20 h. El timbre indica que empieza la siguiente clase. Sé que esa hora se me va a hacer muy larga.

11.17 h. Bajo a la cafetería y me siento en la mesa de siempre, aunque esta vez no vaya solo a tomar café. Saco el móvil y veo los escuetos mensajes que han ido enviando los compañeros: “Limpio”, acaba de avisar Rosa, para indicar que en el Fernando está todo en orden; un pulgar levantado de Domingo, indica que ninguna puerta ha sido forzada ni hay cristales rotos. Aliviada, empiezo a quitarme la ropa de abrigo y se me cae la bufanda, me agacho a cogerla y “Vaya, hombre, ¡se me ha llenado de migas!”. ¿Migas? Me sorprende la presencia de comida por el suelo: siempre está limpiísimo y, además, era la primera en llegar. Alguien había pasado

por allí. Y no tardé en darme cuenta de que ocurría algo, puesto que se apreciaba cierto nerviosismo detrás de la barra. Cuando me traen el café pregunto si está todo bien (no iba a perder la oportunidad): “Sí, bueno, solo que hemos tenido que improvisar las tapas porque falta comida”.

11.20 h. “Cafetería”, comunico al resto.

11.25 h. “+”. Carolina no necesita más que un signo matemático para confirmar que su área de supervisión está bien.

11.30 h. “\$\$”. Juan Pablo anuncia que la caja fuerte está intacta.

11.32 h. “Huellas. Nuevas. Por todo el instituto”. Ese es el mensaje de Fructu, que nos tiene fichados a todos por la suela de nuestro calzado. Normal, yo también me acordaría si me pisasen el suelo recién fregado.

11.33 h. “Venid”, ordena Domingo. Pago el café, alabo las dotes culinarias de los alumnos, agarro mis bártulos y me despido intentando aparentar normalidad.

11.35 h. De nuevo, estamos todos en el despacho de Domingo. “No me ha dado tiempo a avisar, pero en los alrededores no hay rastro de nada”, dice Goyi. “Bien”, toma la palabra Domingo, “por lo que habéis dicho, todo ha ocurrido aquí dentro. Alguien se ha paseado por todo el instituto y ha hecho una parada técnica en la cafetería, sin olvidarnos de que ha desmantelado la biblioteca. Es alguien de dentro”.

11.40 h. El timbre nos sobresalta. “Id a clase y no os preocupéis”, nos tranquiliza Domingo. ¡Qué mal rollo! A seguir aparentando normalidad, mirando de reojo a compañeros y alumnos.

14.20 h. La jornada ha terminado, después de las tres horas de clase seguidas, he agradecido haber tenido que cambiar de edificio entre alguna de ellas, ya que, al menos, el paseo me ha servido para despejarme. Veo a Domingo junto a los autobuses, como si nada hubiera pasado. “Hasta mañana”, nos despedimos. ¿Qué habrá tramado para descubrir al *mens sana in corpore sano*? Porque es a la única conclusión a la que he llegado en toda la mañana... Quien sea lee, hace deporte y se nutre. Eso por ser optimista y quedarme con lo bueno, porque si me detengo a pensar en la que ha liado en la biblioteca, me faltan adjetivos.

DÍA 2. ¡ALBRICIAS!

08.25 h. Al fin llego al instituto. Apenas he pegado ojo en toda la noche. ¿Habrá vuelto el “duende de los libros” a recoger la biblioteca? ¿O habrá vuelto a hacer algo peor? ¿Se habrá resuelto el misterio? En principio, todo parece en calma y no he recibido ningún aviso. Pues nada, a clase, con la inquietud en el cuerpo.

09.20 h. Menos mal que acaba la clase. Ahora tengo reunión en el otro edificio. Bien.

09.25 h. He llegado como un tiro al despacho de Goyi. “Hoy no tendremos reunión”. Todos salen, menos yo. “¿Sabes algo?”, le pregunto. “Nada”. En ese momento nos suena el móvil a las dos. Nos miramos. Es Domingo.

09.30 h. Bajamos hacia la cafetería, donde lo encontramos apoyado en la pared del pasillo, pálido, con la cara totalmente desenchajada, entre la risa y el llanto. Nos hace un gesto para que permanezcamos en silencio y señala la puerta. Con un susurro casi imperceptible nos dice que está ahí y que no se lo puede creer. En ese momento llegan Carolina y Juan Pablo. “Entrad vosotros”.

09.32 h. “Ay, la leche”. “No puede ser verdad”. “Es surrealista”. “Es broma, ¿no?”. Esos fueron nuestros comentarios y eso mismo debió de pensar al vernos el invitado que nos encontramos, que estaba tan petrificado como nosotros. “¿Hola? Perdona, es usted... -carraspeo- el señor Sancho Panza?”. “Sancho Panza soy a secas, y Sancho fue mi padre, y Sancho mi abuelo; y todos fueron Panzas, a mucha honra¹”. Una carcajada nerviosa brotó de lo profundo de mi ser; ¿en serio eso estaba pasando de verdad? ¿Tenía delante de mis narices al mismísimo escudero de don Quijote? Era algo totalmente descabellado... Pero, bueno, estamos en 2020: todo es posible. Y dentro de la inverosimilitud, prefería encontrarme con Sancho Panza que con la niña de la curva, para qué nos vamos a engañar. Salgo de mi ensimismamiento, mientras los demás siguen en *shock*. “Y, dígame, bueno de Sancho, ¿qué hace usted aquí?”.

09.35 h. Justo antes de que Sancho nos cuente cómo ha llegado hasta nuestro instituto, entra Domingo (algo más recompuesto) con una mascarilla, que le ofrece para que se la ponga en cuanto acabe de comer lo que tiene en el plato. Así, con el estómago algo más lleno y la mascarilla puesta, fue como Sancho relató lo que le había pasado que, a grandes rasgos (resumiendo y adaptando su peculiar forma de hablar) era lo siguiente:

La situación en las páginas del Quijote empezaba a ser insostenible. Don Quijote cada vez estaba más pirado, obsesionado con la idea de que su historia llevase años sin ser leída en nuestra biblioteca; a él la falta de lectura también le afectaba, pero de otra manera: había perdido varios kilos, como se notaba a simple vista. Al borde de la desesperación, conscientes de que, si las circunstancias no cambiaban, pronto desaparecerían para siempre, empezó a buscar soluciones. Buscando, buscando, empezó a notar olores deliciosos; afortunadamente, el sentido del olfato lo tenía muy desarrollado y nuestra biblioteca está muy cerca del aula de cocina, donde nuestros estudiantes de FP prepararan cada día suculentas delicias. Siguiendo ese rastro, llegó un momento en que se sintió completamente atraído por un olor especial que le recordaba al de las perdices confitadas y notó cómo una fuerza lo empujó. Lo siguiente que recordaba fue recibir un impacto contra el suelo de la biblioteca, rodeado de un montón de libros. El olor era mucho más intenso y apenas le importó el dolor del golpe (¡en peores se había visto!). La puerta estaba cerrada y no le quedó otra que abrirla utilizando métodos de tiempos desconocidos por nosotros. Entonces, un ruido atronador se escuchó y se asustó; empezó a oír muchas voces y se escondió detrás de la puerta, viendo a través de la rendija cómo un montón de embozados pasaban por delante de sus narices. Todo era muy extraño y quiso volver al libro, pero entonces pensó en su señor don Quijote; no le podía dejar perder el seso por completo, así que decidió sentarse en un rincón y esperar a que todo ese barullo desapareciera. Pasó el tiempo y, aunque volvió a escuchar varias veces más el *rompetímpanos*, finalmente, pareció quedar todo en calma. Fue entonces cuando salió de la biblioteca y se fue tras el olor, que ya era apenas imperceptible. No le resultó difícil encontrar la cocina, pero sí entrar, así que tuvo que abrirla a su estilo. Sació su apetito lo que pudo; a esa hora ya apenas quedaban cosas, pero menos era nada. Con el estómago lleno, se sentó y se quedó dormido.

Le despertó de nuevo ese maldito pitido que indicaba el comienzo de las clases un día más. Tenía que irse de allí, salió al pasillo y empezó a recorrerlo, pero oyó a alguien y tuvo que esconderse. Así, estuvo vagando y escondiéndose (dejando esas pisadas misteriosas) toda la mañana por el instituto “¡Había gente por doquier!”, hasta que encontró un rincón donde permaneció no sin dificultad porque los vapores que llegaban hasta él eran de otro mundo. Por suerte, ese ruido del demonio volvió a sonar, todo volvió a quedar en calma y él pudo volver a la cocina. Agradeció a Dios lo que se presentaba ante él: no había visto tanta comida ni en las bodas de Camacho. Comió hasta que quedó vencido por el sueño.

“Fue así, dormido sobre la mesa, como me lo he encontrado hace unos minutos”, intervino Domingo, que nos explicó cuál había sido su acertado plan: “Ya que lo único que parecía querer el intruso era comida, acordé con los profesores de cocina trabajar a destajo “para que los alumnos se acostumbren a los imprevistos” y dejarlo todo preparado, como si de un gran evento se tratase. Si todo salía bien, el culpable volvería a la escena “del crimen”, como ha ocurrido”.



09.47 h. Entre incrédulos y apenados veíamos a Sancho mirar con ojos golosos algunos de los platos que aún estaban intactos. Fue Juan Pablo quien le acercó un plato, invitándole a seguir comiendo; esa inversión culinaria no podía echarse a perder. Mientras veíamos atónitos cómo Sancho daba buena cuenta de la comida, Carolina nos devolvió a la realidad: “Bueno, el misterio está resuelto, pero ahora, ¿qué?”.

10.15 h. Costó tomar la decisión, pero no sabíamos si Sancho podría volver al libro o no, así que, unánimemente, decidimos que había que “normalizar” la situación, empezando por explicarle dónde estaba y quiénes eran esos embozados; también habría que contárselo al resto de compañeros. ¡Qué follón!

10.45 h. Tras haberle explicado por qué todos –incluido él– íbamos con mascarilla y que se encontraba en un centro educativo en el que todos esos jóvenes se preparaban para ser “bachilleres”, le enseñamos el instituto y le presentamos a los compañeros que se

encontraban en la sala de profesores en ese momento. Carolina se ofreció a acompañarlo hasta el otro edificio, el Fernando, antes de que comenzara el recreo (no se fuera a asustar) y después, a dar un paseo con él por Sahagún para que conociera el pueblo que contó con la primera Escuela de Juglares y viera cómo es la vida en el siglo XXI.

11.00 h. Paralelamente a las visitas guiadas con Sancho, Goyi, Juan Pablo, Domingo y yo nos quedamos en el despacho de este para pensar qué iba a ser de Sancho a partir de ese momento. Estudiamos distintas posibilidades para que él, después de su experiencia por nuestros días, decidiera qué hacer con su vida.

12.45 h. Yo ya estaba en clase cuando vi por la ventana que Carolina y Sancho volvían al instituto. Tenía mucha curiosidad por saber cómo se iban a desarrollar los acontecimientos a partir de entonces.

13.25 h. Bajé a Dirección como un tiro en cuanto sonó el timbre. No había nadie. También el despacho de Orientación estaba vacío. ¿Dónde se habían metido? El primer pensamiento que se me cruzó me entristeció: Sancho había vuelto al *Quijote* y no me había podido despedir de él. Bajé corriendo a la biblioteca, para comprobar si así era. Al pasar por la cafetería escuché jaleo y me tranquilicé. ¡Cómo no lo había pensado antes! Efectivamente, allí estaba Sancho con Domingo y Goyi y otros profes que se habían acercado hasta allí movidos por la curiosidad. Yo tenía clase otra vez, así que pedí un resumen del estado de la cuestión. Sancho todavía estaba valorando opciones y me alegró saber que estaba considerando la propuesta de “adopción” que le había ofrecido el Departamento de Lengua; aunque creo que la alternativa que le presentó Goyi para quedarse estudiando Cocina era la que más le gustaba. Decidiera lo que decidiera, era su elección y había que respetarla, pero, de momento, ese día, disfrutaríamos comiendo con él (bueno, si nos dejaba algo...).

18.10 h. Después de un -nada frugal- almuerzo, a Sancho se le empezaban a cerrar los ojos. Había sido un día muy intenso y le habíamos agotado con preguntas que no dudó en contestar. Nosotros podríamos continuar charlando horas y horas con él, pero necesitaba un descanso. Aunque le ofrecimos distintas casas para pasar la noche, él, asegurando que no necesitaba nada, no quería molestar (“Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Y cada oveja con su pareja”²), por lo que prefería quedarse en el instituto y ya, al día siguiente, tomar una decisión (“Amanecerá Dios y medraremos”).

DÍA 3. DESPEDIDA

08.10 h. “Todo bien. Nos vemos en la cafetería durante el recreo”. Primer mensaje de la mañana, confirmando que lo que estábamos viviendo no era una fantasía.

11.13 h. Cuando llegué -¡siempre la última!- ya estaba allí toda la comitiva que había sido convocada por Domingo, quien tomó la palabra para, inmediatamente, cedérsela a Sancho. Este, algo emocionado, nos comunicó que, aunque estaba extremadamente agradecido por el trato que le habíamos brindado (y, por supuesto, por la comida), su lugar estaba en el *Quijote*, al lado de su señor a quien no podía abandonar, menos aún en las circunstancias en las que le había dejado. Una vez más, el bueno de Sancho hacía gala de la grandeza de su corazón.

11.25 h. Le llenamos las alforjas de pan y queso (algo que no desentonara en la época) y le acompañamos hasta la biblioteca. Comenzamos a despedirnos de él (¡qué rabia no poder darle un abrazo!): “Puedes volver cuando quieras a hacernos una visita o a darte un homenaje gastronómico”; “Ojalá, la próxima vez que vuelvas ya se haya ido el dichoso virus. Pero, por si regresas pronto, te dejaremos unas mascarillas y gel hidroalcohólico”; “Y ni que decir tiene que don Quijote también sería bien recibido”. Pero lo más importante, antes de dejarlo solo para que se fuera tranquilamente, fue la promesa que le hicimos de que esas visitas nunca más serían por desesperación, ya que nos comprometimos a mantener a salvo a todos los personajes con la lectura de sus historias.

11.40 h. El timbre anuncia que el recreo ha terminado. Cierro la puerta de la biblioteca, que entre todos, terminamos de recoger, mientras recuerdo uno de los refranes que había dicho Sancho: “donde menos se piensa se levanta la liebre”². O lo que es lo mismo, a veces suceden cosas inesperadas. Sonrío, sabiendo que ya nada será como antes.

Laura Fernández Ramón

(La de Lengua y la de la biblioteca)

¹ Reproducción de “Sancho Panza en la insula, recapitulación escénica de páginas del Quijote”, *Retablo Jovial* de Alejandro Casona.

² Refranes tomados de la Edición cultural de SM dirigida por Andrés Amorós de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*.